



SEMANARIO INFANTIL ILUSTRADO

Año IV 10 de octubre de 1891 Núm. 206



VENDEDOR DE DÁTILES DEL OASIS DE SYUAH

Ayuntamiento de Madrid

UN RATO DE CHARLA

SE ha verificado con toda solemnidad la apertura de las Universidades é Institutos, y la prensa dedica muy sensatos artículos al asunto, siendo especialmente digno de señalarse el publicado por *La Epoca*. Como yo no he de decirlo mejor, ni siquiera más claro, remito al curioso lector á dicho trabajo si quiere formarse idea de algunos de los males que aquejan á nuestra enseñanza superior y secundaria.

Muchos otros defectos se pudieran añadir á los indicados por el ilustrado periódico de la corte; pero me limitaré á tratar de uno, quiero decir, de los libros de texto.

Dejemos aparte la cuestión *del negocio*; pasemos por alto la explotación de los estudiantes mediante la compra forzosa de programitas de pocas páginas (un programita de francés, por ejemplo), expendidos al modesto precio de *diez realazos*; pasemos por alto también el abuso de que cada maestrillo tenga su librito, ó, en mejores términos, su libraco, y vengamos solamente al hecho del excesivo número de kilogramos de libros con que ha de cargar el mísero estudiante.

Un libro de texto es, ciertamente, ó debería ser, excelente cosa. No es así la mayoría de veces; pero, aun que lo fuese, no consiste el mérito del profesor en hacer que sus alumnos posean una rica biblioteca, sino *en enseñarles bien*, asunto en que tiene muy poco que ver el libro. Podría pasarse muy bien el alumno sin ningún libro si el profesor quisiera; pero no debería poder pasarse del profesor (aunque con tanta frecuencia se pase sin él).

Porque ¿consiste el ser estudiante en aprenderse de memoria el libro, ó, por el contrario, consiste en aprovecharse de la enseñanza del profesor?

El profesor es algo más, ó debe ser algo más, que el libro. Sin eso el Estado podría ahorrarse muchos miles de pesetas, porque con comprar unos cuantos centenares de fonógrafos y hacerles repetir la lectura en alta voz de una obra de texto estaba perfectamente sustituido el oficio del catedrático. Pero no es así. «Un curso,—dice M. Ch. Richet,—es un medio de persuasión mil veces más eficaz que un libro. El profesor verdaderamente digno de este nombre debe interesarse en lo que dice; dirigirse á sus oyentes como á personas á cada una de las cuales quiere convencer particularmente; imaginarse que, cuando demuestra alguna verdad antiquísima y conocidísima, va á tratar de probar una verdad nueva, que es para él de interés primordial, casi personal. En una palabra, debe darse por entero, en cuerpo y alma, y con sus gestos, con su voz, con su elocuencia, con los dibujos esquemáticos que traza, contri-

buir á arrastrar la persuasión de su auditorio. No es un lector, sino un orador, y debe tratar menos de enseñar que de convencer, porque cada nueva verdad que expone debe ser expuesta por él con tanta pasión y ardor como si expusiese su propia tesis.» En una palabra, «hay la misma diferencia entre un curso bien profesado y un manual, que entre un drama bien representado y el mismo drama leído tranquilamente al amor de la lumbre.»

Dicho esto, reconocida la necesidad de que el profesor se dé por entero, en cuerpo y alma, queda muy disminuída la importancia del librote; mas no se vaya por eso á caer en el extremo contrario, en la abominable práctica de *tomar apuntes*, excelente manera de convertirse de oyente en amanuense, de interlocutor (aunque callado) en maquinal taquígrafo. Pero como hay que pensar sobre todo en los exámenes...

El ideal sería escuchar con atención, salir de clase convencido de las explicaciones del profesor, y meditar luego sobre lo que haya dicho y no se encuentre en el libro. El crítico dramático no va al teatro á tomar apuntes de la comedia que ve representar, para escribir luego el juicio que haya formado. No se sabe que cuando Platón se paseaba con sus discípulos por el jardín del ciudadano Academo tomase nadie apuntes, y es dudoso que se tomasen apuntes en las cátedras de Salmerón, de Castelar y de Letamendi: tanta era la atención de los oyentes. Me refiero á cuando Letamendi explicaba anatomía en Barcelona (lo sé por D. Cosme Sanguinuelas) y Castelar explicaba Historia de España en la Central (lo sé por un veterinario que iba de oyente).

Acabará esta charla de hoy lamentándome de que aun las escuelas de primera enseñanza, digo, y perdonen Vds., en los *Colegios de San Pedro ad Víncula*, de *San Dionisio Aeropágita*, de *San Juan ante Portam Latinam*, del *Cardenal Lorenzana*, y otros y otros, se imponga á los niños la adquisición de un sinnúmero de libros (incluso los *Libros de lectura*, cuyos autores revelan ser en su mayoría unos simplainas). ¿Para qué tantos libros, con tan mal papel y tan mal impresos? Sepan esos señores profesores que el niño necesita más de la *viva voz*, ó siquiera del vozarrón del maestro, que no de páginas en *blanco y negro*.

He dicho, y hasta la semana próxima.

Siempre vuestro,

ANTOÑITO



LOS PIRINEOS

(Conclusión)

*
*
*

Ninguna nación tan rica como los Pirineos en aguas minerales, sulfurosas, ferruginosas ó salitrosas. Algunos de los numerosos establecimientos balnearios con que cuenta, y que, según aproximado cálculo, no bajarán de 253, gozan de fama universal, como Bareges, cuyas aguas son muy eficaces para curar las heridas producidas por armas de fuego. Otros cuentan antigüedad tan remota que fueron patrocinados ya por los romanos. Eaux-Bonnes (Aguas Buenas) y Eaux-Chaudes (Aguas Cálidas) son dos establecimientos de baños de los frecuentados, á los cuales se va desde Pau por un pintoresco camino, cruzando por Lauruns, pueblecillo situado como un nido entre los picos de las montañas. Allí está el valle Ossun y el valle del Oso, los terrenos de caza del joven Enrique de Navarra y de su cruel antecesor, Gastón, llamado *Febo*, quien se preciaba de su gallardía tomando al sol por divisa.

En una de aquellas grandes batidas que Gastón organizaba, y á las cuales iba con una jauría de mil seiscientos sabuesos para cazar el lobo y el oso, descubrió sin duda el manantial á que dió el nombre de Eaux-Bonnes, llamando á la montaña sobre la cual están suspendidas la *Montaña del Buen Tesoro*. En el valle de Ossun hay todavía lobos y osos, lo cual no agrada mucho á los pastores, que deben recorrer grandes distancias para llevar sus ganados á apacentar.

Paralelamente con el valle de Ossun se corre el de Argelès, comunmente llamado el *Paraíso de los Pirineos*. En la primavera ofrece un aspecto encantador, con sus verdes campos, sembrados principalmente de maíz. Los bosques son magníficos, el camino está festoneado de espesas vides. Las más diversas flores forman allí una preciosa alfombra, cruzando por todo el valle innumerables riachuelos.

En la parte superior del valle de Argelès hay otra fortaleza notable, que es el antiguo castillo de Luz, alrededor del cual hay un pueblecillo de aires muy sanos, cuyos habitantes se dedican, por lo regular, á la cría del ganado de cerda. Esta pequeña fortaleza, fronteriza á tiro de fusil de la frontera de Casalm, Portbou y Cerbère, tuvo gran importancia en otro tiempo, pues desde ella podían vigilarse muy bien las desembocaduras de sus escabrosos desfiladeros.

El valle de Argelès se bifurca en Pierrefitte, de donde parten dos caminos que conducen al corazón de las montañas, y un paisaje en el cual probablemente no tiene igual en todos los Pirineos. El de la derecha penetra desde luego en una estrecha garganta de escabrosas orillas, con profundos precipi-



EN EL CORO

Ayuntamiento de Madrid

cios. Es un lugar sombrío y triste que ofrece singular contraste con el panorama que se deja detrás; pero aun aquí la Naturaleza parece tener empeño en suavizar la escabrosidad y los duros contornos de la roca cubriéndolo todo de una alfombra de césped. Á los lados de este paso elévanse amenazadores muros de piedra que tan pronto se ensanchan como se aproximan entre sí, pareciendo á veces que van á desplomarse. Todo parecería mucho más agreste si no fuese por la espléndida vegetación que engalana á tan grandioso sitio.

A la distancia de una milla, poco más ó menos, y en la cima de una colina granítica, hállase el manantial de la Reillère, lugar favorito de los habitantes de Caunterets en la época de baños. La Reillère está en dirección al camino que conduce al lago de Gaube y al puente de la Peyre ó de Marcadin, que es la comunicación directa con España á través de las montañas. El estrecho paso que allí se encuentra ofrece no pocas dificultades; pero los alrededores son tan grandiosos como imponentes, y las penalidades relativas que hay que sufrir se soportan con agrado, compensadas con las maravillas que á cada paso la Naturaleza ofrece, sobre todo ante el espectáculo del Puente de España, debajo del cual rugen las cataratas formadas por dos corrientes que se unen en aquel sitio, convirtiéndose en una sola. En los alrededores del Puente abundan las rocas y los torrentes impetuosos, así como una vegetación espléndida y vigorosa que contribuye en alto grado al embellecimiento de tan poético paraje.

Por grandioso que sea el aspecto de las que hemos dado á conocer, en los Pirineos hay otras regiones no menos dignas de llamar la atención. Entre ellas debe citarse el pintoresco pueblecillo de Bagnères de Luchon, lozano, alegre, brillante, circuido de una faja de montañas en las que hay peligrosos *puertos*, situados entre picos gigantescos, extensos glaciares, lagos helados, salvajes desfiladeros y magníficas cascadas. Tres caminos hay que conducen á esa serie de sitios interesantes: el primero pasa por Casean, prolongándose hasta el valle de Oo; el segundo conduce por el valle de la Pica al de Lis, y el tercero se dirige al valle de Benasque.

Una inmensa y triste soledad, que fué en otro tiempo el lecho de un glacial cubierto aún con sus restos, es el paso que conduce desde más allá del pueblo de Oo al lago de este nombre. Una curiosa pared natural cierra la cabeza del valle, cuyo paso está bordeado por agreste precipicio.

Los declives de la montaña son más pendientes y escabrosos cuanto más lejos están del dique, y casi verticales en la parte opuesta, donde se precipita perpendicularmente de una altura de 820 pies la brillante cascada que alimenta el lago, reflejándose en la superficie de las oscuras aguas.

Recorrer los Pirineos es cosa que puede ofrecer mucho atractivo á los que parecen complacerse en los peligros y vencer las dificultades que se oponen á su marcha en semejantes parajes, bien que hay algunos sitios de acceso tan difícil que casi es temerario empeñarse en llegar á ellos. El pico del Mediodía

de Ossun, el Vignemale, el Tourmelet y el Monte Perdido, son buen testimonio de ello. El Monte Perdido sobre todo, al que se llega por la Brecha de Orlando, siendo el segundo por su altura en todo el Pirineo, parece el más difícil de escalar.

Las cordilleras de los Pirineos no ofrecen, á pesar de todo, un conjunto tan sublime y tan severas formas como los Alpes, siendo una de las principales causas de ello la falta de grandes glaciares. Extensos lagos y caudalosos ríos aumentan la grandiosidad de los Alpes, mientras que en los Pirineos son insignificantes. De todos modos, las regiones de los Pirineos tienen bellezas que les son propias. Sus puntos de vista son más risueños aún que los de Suiza; su clima, gracias á la latitud y proximidad de los mares, favorece la vegetación, tan rica como abundante, y sus arroyos no son turbios torrentes, sino aguas limpias y claras, cuya transparencia envidiaría el cristal. Aunque la mano destructora del hombre ha causado allí muchos daños, sobre todo por el fuego, hállanse inmensos bosques, los manantiales abundan y hay mucha riqueza mineral.

Las ciudades, los pueblos, las villas, los castillos, las iglesias y las catedrales están diseminadas en las llanuras que se extienden alrededor de la base de las montañas pirenaicas. Todos son monumentos que recuerdan hechos heroicos, sangrientas luchas ó actos de caridad. De los condes de Foix y su castillo, que recuerdan terribles dramas, podrían escribirse volúmenes enteros. La mano del tiempo parece haber respetado las altas torres blancas de aquella fortaleza en la colina que corona la ciudad, como indelebles testigos encargados de transmitir á las generaciones el recuerdo de aquella esforzada y poderosa raza.

BENJAMÍN

CUENTO

(A MI QUERIDO AMIGO A. PRESA IBÁÑEZ)

EN la sombra de una arboleda que crece junto á un río hay una casita blanca que parece el nido de una paloma. El sol, cuando se cierne por entre las ramas, dibuja débilmente caprichosas figuras en las tapias de un jardincito adornadas con trepadora hiedra, y el azulado cielo se trasparenta en el cristal del murmurante río que resbala en una cuna de olorosas flores. En aquella casita vive un niño que juega con los pájaros y habla con el arroyo, y á veces, cuando las flores empiezan á deshojarse, les da un beso de despedida y las riega con lágrimas, como si el llanto fuese un nuevo rocío. ¡El beso de los niños hiela como el recuerdo! ¡Es el pasado que nos abraza! Por eso aquel ángel, al besar á la flor, la deshojaba primero. ¡Triste fatalidad de lo que espira!

Ayuntamiento de Madrid

Un día, cuando el sol comenzaba á caer en su lecho de fuego, una mariposa de color de oro buscaba una corola para dormirse. Saltaba de rosa en rosa, cerníase débilmente sobre el arroyo, y levantaba sus alitas en el espacio, confundiendo con los rayos del sol. Los átomos de oro que abrillantaban el aire envolvieron á la mariposa, y hubo un momento en que la luz eclipsó á la luz; pero después la *palomita* se posó en un tiesto del balcón de aquella casa y el niño la quiso coger. Se le escapó de las manos y se fué al jardín. Enrique corrió tras de ella, y la mariposa, juguetona y alegre, volvió á posarse en otra flor. La brisa de la tarde jugaba con ellos, murmurando, al pasar, como los apagados ritmos de una canción divina, y los jilgueros, revoloteando, cantaban alrededor del niño. Este siguió á la mariposa, que, levantando el vuelo, traspasó las tapias del jardín y se fué al lado del riachuelo, que empezaba á dormirse con el sosiego del crepúsculo. Las golondrinas descendían del cielo y buscaban, piando, el nido de sus amores, mientras que en el Oriente comenzaban á verse las estrellas. Y el niño y la mariposa, corriendo por el campo, jugaban con las flores, con la brisa, con los pájaros, con el crepúsculo, en fin. Hubo un instante de fatiga, y Enrique, arrastrándose por la yerba, llegó hasta la áurea mariposa, que, descuidada, se columpiaba en una azucena. La tuvo entre sus dedos, y el polvillo de sus alas encantó la ansiedad de aquel muchacho. Y volvió á seguirla con afán, con el deseo que se sigue una ilusión.

*
* *

El oro del espacio comenzaba á trocarse en grana; la luna colgaba del cielo como un farol siniestro, alumbrando el arroyo y el bosque; la brisa de la noche, suave y murmuradora, besaba las hojas de los árboles, que se hablaban entre sí; y las flores, dormidas en la soledad, despertaban juguetonas y alegres á las felices carcajadas de Enrique. La mariposa se introdujo en el bosque, y el niño continuó en su empeño. Aquella persecución tenía algo de fatal; pero la infancia no comprende el destino. Y descorriendo zarzas, apartando flores y ramajes, el niño y la mariposa se iban introduciendo en la sombra, como una ilusión penetra en las tinieblas del desengaño. La noche, tranquila, tomaba el aspecto de una decoración: en el cielo brillantes y luz, en la tierra murmullos de lo inanimado; arriba lo eterno, abajo lo que espira. ¡Sueño sagrado de lo inconmensurable y de lo infinito!

Y aquellos dos seres que jugaban y se perseguían, el uno volando, el otro arrastrándose, soñaban y pensaban sólo en alcanzarse. Y corrían cada vez más locos, más tenaces cada vez, gritando con los pájaros, riéndose con las flores, murmurando con la brisa. Volvió el niño á cansarse y la mariposa se detuvo: aquél pensaba en su casa y ésta en su corola. Hubo un momento de arrepentimiento, pero era tarde.

La luna alumbraba una explanada que se escondía entre los árboles y que rodeaba el río. Enrique se sentó, y, mirando al cielo, se acordó entonces que



LOS FLAMENCOS

Ayuntamiento de Madrid

era de noche y que no acertaría á ir á su casa. La mariposa, sonriente y juguetona, se posó á su lado encima de una yerba alta. Reflexionaban los dos. La una pensaba en el cielo, el otro en la tierra, y, sin embargo, aquellas reflexiones se parecían como se parecen el sueño y la clemencia. La transición de la verdad al sueño comenzaba en aquella cabecita de ángel, y tuvo miedo y se tapó los ojos.

El río, que besaba los troncos y lamía la yerba, entonaba un himno de melodías, y la brisa, más fuerte, aunque más dulce, hablaba de cosas sublimes al pasar. De repente el niño vió levantarse, como un jirón de niebla en el espacio, una mujer aérea y vaporosa que se cernía en las orillas del arroyo. El ritmo de una canción lejana llegaba envuelto en los pliegues de la sombra, semejando el bullicio alegre de las mozas del lugar, y bañándose en el río, gorgojeando entre sí, unos seres intangibles, que se alzaban en el viento y se escondían en las aguas. La mariposa, asustada, se posó sobre el niño, que se tapaba los ojitos y lloraba. Y allá, en el fondo del bosque, resonaban las carcajadas de los gnomos. Las voces misteriosas de aquellas mujeres que hablaban cuchicheando con el arroyo se parecían á las notas de una música divina. Vibraban en el silencio como un suspiro, como el gemido de una ilusión que se evapora. Y Enrique oyó la voz de la brisa que murmuraba:

—Yo arrullo el ensueño de los querubens, juego con las visiones que nacen en el arroyo, subo hasta el cielo y bajo sus encantos y río con las flores y con las ondas.

Y el niño vió entre las chispas de la fuente el incesante brillar de unos ojos que le miraban, y escuchó una dulcísima voz que le llamaba. ¡Voz suave y misteriosa, rítmica y vibrante, que se sostenía temblando como el gemido de un acordeón que se disipa en los espacios!

La mariposita temblaba como una lágrima, mientras que un hombrecillo que se reía con una carcajada silenciosa arrebató de un vuelo al niño y empezó á girar con él sobre el riachuelo. La mujer de ojos negros que se escondía en la fuente cantaba una preciosa melodía:

Yo soy hermosa como una virgen,
tengo un palacio de nácar y oro,
y allí me duermo cuando la brisa
habla de amores con el arroyo.

Y Enrique, girando entre los pliegues de un cendal que se extendía sobre el río, empezaba á dormirse con el dulce arrullo de aquellos misterios. Luego cayó débilmente sobre las aguas y se perdió entre las chispas de la preciosa fuente escampada.

La mariposa se había cobijado en una azucena y allí se durmió, asustadita y temblando de frío. Soñaba con las visiones que volaban en torno suyo y escuchaba tranquilas y suaves las misteriosas notas de los gnomos y de las ninfas.



DESCANSO

Ayuntamiento de Madrid

**

Enrique, en su lecho de flores y luz, bajó hasta el fondo del murmurante río. Allí escuchaba delicados arpeggios, que tenían el murmullo de los besos, el ritmo de los suspiros y las notas de las aguas, y una mujer tenue como una sensitiva y gallarda como un cisne se balanceaba al acercarse á él. Le dió la mano. Aquella mano fría y delicada y sonriente le enseñaba su palacio. Las paredes eran de nácar y oro, y el suelo de cristal, como si todo aquello lo habitaran los ángeles, los seres de los ensueños y de las fantasías. Después entró en un gabinete donde estaban las sílfides. El melodioso acorde de gemidos y de besos, de notas expresísimas que se alzaban en el viento, de susurros y de llantos, de sonrisas y de carcajadas, le volvieron casi loco. Sobre un sillón de perfumada seda cayó abatido y soñando con su casita y con su madre. Y, en tanto que dormía, un armonioso conjunto de vibraciones sonoras y dulces le envolvieron, girando en el ambiente de aquella sala.

El sol de los espacios visitaba la tierra, y en aquel nido encantado comenzaba la lobreguez del silencio. Los pájaros y las flores despertaban, y la mariposa pensó que lo sucedido era solamente ridiculeces y extravagancias de los sueños, y, volando, volando, tornó á la huerta de Enrique, y el arroyo y las flores y las golondrinas le preguntaron por aquél. Ella se posó en los tiestos del balcón y escuchó que la madre de aquel niño lloraba. ¿Era verdad lo que había pasado ó aun soñaba sin conocerlo?

La mariposita volvió al monte. La fuente murmuraba y sonreía, y en el fondo de ella vió brillar los ojitos de aquel ángel.

—¿Quieres venir?—le dijo.—Tu madre llora y todos me preguntan por ti. Y, antes de poder volar la mariposa, se desvaneció en el arroyo.

Por las noches, cuando todo calla, cuando se abrazan la vida y la muerte, Enrique y la mariposa golpean en los cristales de la casita, se posan en las flores que brotan junto al río y suben á los nidos de las golondrinas. Después, saltando de breña en breña, de flor en flor, juguetones y alegres, se vuelven á la fuente del bosque: allí rien y gozan, y en el palacio de oro y de cristal velan entre los gnomos, se hacen intangibles y vagan con las hadas entre los giros del viento.

La mariposa vuelve por el día al jardincito de Enrique y deja en los tiestos del balcón un papelito con un alfiler de brillantes. Los hermanos del niño lo arrebatan y se lo llevan á su madre. Esta, cuando lo lee, no puede reprimir el llanto, y la palomita lleva sus lágrimas á Enrique. De aquellas lágrimas hace el niño los brillantes y las hadas el rocío.

R. SÁNCHEZ DÍAZ



LABOR ET VIRTUS

Ayuntamiento de Madrid

* NUESTROS GRABADOS *

VENDEDOR DE DATILES DEL OASIS DE SYUAH

Curioso tipo, lleno de sabor oriental, aparte del sabor de los dátiles.

EN EL CORO

Las tres niñas cantan poseídas del más religioso fervor: voces de ángel que salen de otros tantos corazones henchidos de piedad.

LOS FLAMENCOS

Apreciables palmípedos. La escena representa un grupo de esos animales constituidos en jurado para ver y fallar la causa seguida contra un conciudadano. Porque eso sucede entre los flamencos, por increíble que parezca: son animales amantísimos de la justicia.

DESCANSO

Dulce descanso, sobre el mullido césped. En todo tiempo ha sido cosa corriente encontrar blando el suelo cuando no se tienen *años once* y se disfruta *de abril una mañana*.

LABOR ET VIRTUS

A un tiempo la madre cuida de su hijo y trabaja. La cosa tiene el único grandísimo mérito de... no constituir ninguna excepción.

METEOROLOGIA

(Conclusión)

Vamos á hablar ahora de una clase de nubes muy particular, de las *nubes luminosas*, así como de las nieblas de igual carácter. «La existencia de nubes luminosas,—dicen Zurcher y Margollé,—ha sido puesta en duda por un número bastante considerable de observadores. El 15 de agosto de 1781, en Beziers, durante una violenta tempestad de noche, el abate Rozier percibió en el horizonte un punto luminoso cuyo volumen y extensión fueron aumentando, de suerte que se formó insensiblemente una zona fosfórica. Sobre esta primera zona luminosa establecióse otra segunda, de menor extensión que la zona inferior, y entre ambas quedaba un hueco cuya altura igualaba la de una de las dos zonas. Tanto en una como en otra notábanse irregularidades semejantes á las del borde de las nubes espesas que preceden á una borrasca. El rayo surgió por tres veces de la zona inferior, pero sin detonación apreciable. El fenómeno brilló durante un cuarto de hora, al cabo de cuyo tiempo alejóse de Beziers el turbión.

»En una noche de invierno el físico Deluc vió en Londres una *pomadura luminosa*, formando una zona de muchos grados de anchura que alcanzaba al horizonte de una y otra parte. Esta nube brillante ocultaba primero las estrellas, que poco á poco aparecieron á su través, y disipóse casi al mismo tiempo en todas partes al cabo de diez minutos.

»Hablando de esta emisión continua de luz en la superficie de ciertas nubes, dice Arago que no parece muy posible admitir que el resplandor difuso

de que tantas ventajas obtenemos durante la noche, cuando está cubierto el cielo, provenga de las estrellas; pero si se excluye esta explicación estelar, no cabe admitir sino que las nubes son luminosas en sí mismas, habiendo únicamente entre ellas diferencias de más y de menos respecto á este particular.»

Algunos navegantes han observado apariciones luminosas cuya causa es poco conocida todavía, pero que parecen ocasionadas por nieblas fosforescentes ó fenómenos de aurora boreal. Hé aquí una observación de este género: «El mayor Sabine y el capitán James Ross volvían en otoño de su primera expedición ártica. Estaban todavía en los mares de Groenlandia durante una de las sombrías noches de aquellas regiones, cuando fueron llamados por el oficial de guardia, que acababa de percibir algo muy extraño. Era que en la proa del barco, y precisamente en la dirección que seguía éste, se advertía una luz estacionaria sobre el mar, que se elevaba á grande altura, mientras que en todo lo demás cielo y agua parecían negros como la pez. No había en aquellos parajes peligro alguno conocido, por lo cual no se varió la derrota. Cuando el barco penetró en la región luminosa, toda la tripulación se hallaba silenciosa y atenta, presa de viva preocupación. Pronto se percibieron las partes más elevadas de los palos y de las velas y todas las cuerdas. El meteoro podía tener una extensión de 400 metros. Cuando la proa del barco salió de allí, encontróse repentinamente en la oscuridad, sin notarse ninguna debilitación gradual. El barco estaba ya muy lejos y percibíase aún por la popa la luminosa región.»

También los turbiones son á veces bastante luminosos para que se pueda compararles á gotas de metal derretido que cubriesen el suelo con ondas inflamadas. Con mayor rareza se ha observado el mismo fenómeno de fosforescencia en los nevascos y pedriscos.

Algunas nieblas secas, muy intensas y luminosas, han sido observadas también en muchas partes de Europa. «La niebla extraordinaria que reinó con tanta persistencia en el verano de 1723,—dicen Zurcher y Margollé,—esparcía una claridad casi igual á la de la luna llena, habiéndose extendido desde Europa al Asia. La gran niebla de 1831 oscurecía también el Sol y alumbrada por la noche con una claridad fosforescente. Se ha supuesto que esas nieblas eran debidas á grandes masas de materias de una tenuidad extrema, acerca de cuyo origen se han emitido diferentes hipótesis. Franklin las atribuía á un vapor de origen cósmico.

»En una carta á M. Elías de Beaumont, M. Warton, de Ginebra, ha dado la descripción de una niebla luminosa observada durante nueve noches consecutivas, del 18 al 26 de noviembre de 1859. Esta niebla, muy opaca, que no mojaba la tierra, esparcía una claridad suficiente para permitir distinguir los objetos en el interior de las casas.

»A fines de junio de 1851 la Tierra atravesó una región del cielo donde se encontraba entonces la cola del gran cometa que pasaba cerca de nosotros. Durante este paso muchos sabios señalaron fulgores fosforescentes en la at-

mósfera. La célebre niebla de 1783 había sido atribuída también á la misma causa, aunque no se hubiera anunciado la aparición de ningún cometa durante la duración de dicho fenómeno. Sin embargo, como la Tierra, según los datos actuales de la Astronomía, debe atravesar muchas veces, en el trascurso de un siglo, los vapores cometarios, es bueno saber que los enormes regueros que forman su cola están probablemente formados por materias de una tenuidad casi infinita, *casi espiritual*, según la expresión de sir John Herschel, que atribuye este fenómeno á «algún misterio profundo de la Naturaleza.»

Debemos mencionar aquí una reciente conferencia del eminente físico inglés Mr. W. Crookes sobre la *materia radiante*. Si se admite con él (y es hoy ya opinión corriente) este cuarto estado de la materia sucediendo á los tres primeros estados, sólido, líquido y gaseoso, quédase en libertad de imaginar una materia tan alejada del estado gaseoso como se encuentra éste del estado líquido. Esta forma más elevada y más sencilla de la materia, imaginada ya por Faraday, es objeto de los interesantísimos estudios de Mr. W. Crookes, que los ha resumido en la conferencia cuya conclusión vamos á transcribir: «En el estudio de este cuarto estado de la materia,—dice el citado autor,—parece que nos hayamos apoderado, sometiéndolos á nuestro poder, de estos pequeños átomos indivisibles, que hay buenas razones para considerar como si formasen la base física del Universo. Hemos visto que por algunas de sus propiedades la materia radiante es tan material como la mesa que tengo delante de mí, mientras que por otras propiedades presenta casi el carácter de una fuerza de radiación. Hemos alcanzado, pues, en realidad, el límite en que parecen confundirse la materia y la fuerza, el terreno oscuro situado entre lo conocido y lo desconocido que ha tenido siempre para mí un atractivo particular. Atrévome á creer que los mayores problemas científicos del porvenir encontrarán solución en este dominio inexplorado, donde se encuentran, sin duda, las realidades fundamentales, sutiles, maravillosas y profundas.»

Estos puntos de vista nuevos, así como los fenómenos observados en la superficie del suelo, la materialidad de los apéndices cometarios, las polvaredas cósmicas y la relación entre las órbitas de los cometas y las de los enjambres cometarios, hacen comprender mejor el pensamiento de sir John Tyndall cuando dice: «Puede haber asteroides que se aglomeren en soles; soles que se resuelvan en floras y faunas; floras y faunas que se disipen en gases: la potencia en circulación es enteramente la misma y rueda en olas de armonía á través de las edades, y todas las energías de la Tierra, todas las manifestaciones de la vida, lo mismo que el desplegamiento de los fenómenos, no son más que ondulaciones ó variaciones de una misma melodía celeste.»

FIN

L. DE LOS C.

ADMINISTRACIÓN: Ramón Molinas, editor: plaza de Tetuán, 50. Barcelona.—Manuel Pla y Valor: Ancha de San Bernardo, 33, pral., Madrid

RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA. = NO SE DEVUELVE NINGÚN ORIGINAL

Establecimiento tipográfico de La Ilustración Ibérica: plaza de Tetuán, 50.—BARCELONA